

Al encuentro del Islam

Juan García Pérez *

LA reciente inauguración solemne en la capital de España de una mezquita y un centro de cultura islámico invita a hacer algunas reflexiones. A pesar de los ocho siglos de permanencia islámica en la península, y de las huellas culturales muy valiosas que nos han dejado, el mundo del Islam a la mayoría de los españoles nos resulta muy lejano. Con ese trasfondo, el acto de la inauguración en un clima de cortesía amable y aun de cordialidad, ¿es sólo un protocolo cumplido con profesionalidad? ¿Expresa una realidad más profunda? No debemos contentarnos con despachar esta cuestión haciendo una alusión a «la tradicional amistad de los pueblos árabes».

España, como parte del mundo occidental, ha seguido en los últimos siglos un camino en el que se han producido virajes llamativos. No sólo ha progresado la técnica sino que se ha transformado profundamente la mentalidad y la cosmovisión. La Ilustración representa y consagra una ruptura profunda desde luego con el mundo medieval. Hoy desde Occidente los países islámicos son contemplados como sociedades que viven obstinadamente de espaldas a la modernidad aunque, gracias a los petro-

* Profesor de Teología en ICADE. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

dólares, acepten algunas ventajas de la técnica o controlen los paquetes de acciones de no pocas empresas de Occidente. Un árabe con turbante, sobre el fondo de una gigantesca refinería en Abu Dhabi o un complejo arquitectónico de vanguardia expresan este contraste. Si esto es así, la mezquita en la M-30 madrileña ¿es algo más que un gesto «exótico», un desafío arquitectónico o una componenda política?

La persona y el mensaje

PARA romper el cliché de una religión de grandes masas fanatizadas, con la frente en el suelo vueltas a Oriente o rodeando multitudinariamente la piedra sagrada en La Meca, recordemos en esquema los trazos principales de la religión mahometana.

Mohamed ibn Adbullah nace en 570 en La Meca... Huérfano muy joven comienza a trabajar como acompañante en las caravanas que cruzan el desierto de Arabia. Desde pequeño percibe el tremendo desnivel social entre las masas de gente pobre y desheredada y una oligarquía de familias, de la tribu de los Qoraixitas, a la que pertenecía el propio Mohamed (=Mahoma). La mayoría de los pobladores de la península arábiga, dispersos en centenares de tribus organizadas con un esquema patriarcal, practican el politeísmo. Hay algunos grupos de judíos y de cristianos y aun monjes cristianos que hacían vida eremítica. Estos cristianos pertenecían a las corrientes ebionita y jacobita, no estaban en plena comunión con la fe católica y creían en un Jesús «profeta».

Mahoma en su oficio de guía de caravanas adquiere pronto y con razón fama de persona honrada y fiel a sus compromisos. Se casa a los 25 años con una viuda rica Karidja de 40 años, de la que tiene seis hijos. Tal vez por influencia de los monjes cristianos, Mahoma tiene la costumbre de retirarse de tiempo en tiempo a una cueva en el desierto. La tradición cuenta que se le aparece allí el ángel Gabriel quien en nombre de Dios le dicta algunos fragmentos del Corán. A partir de ahí y animado por los suyos, comienza su predicación, que contiene los siguientes elementos principales: Sólo hay un Dios. Hay que rechazar el politeísmo y los ídolos. El juicio final está cerca. Se debe abandonar la excesiva preocupación por los bienes de este mundo. Hay que socorrer a los pobres, los huérfanos, las viudas y los desamparados. Dios no sólo es poder sino también clemencia y misericordia.

La oligarquía qoraixita ve en este profeta ambulante un desafío a su religión —el politeísmo qoraitxita «bendecía» la prosperidad de sus negocios— y una amenaza para su nivel de vida. Mahoma promueve una reforma de la religión que lleve, por su preocupación por los pobres y los desheredados, a una reforma de la sociedad.

La fuerte oposición que encuentra en La Meca le obligan a trasladarse a Madinat al-Nebi (Ciudad del profeta). Esta huida (hégira) a Medina es considerada por los mahometanos como el comienzo de su era. Surge así en Medina en torno a Mahoma una nueva comunidad, germen de la *Umma* o comunidad universal de los creyentes. Mahoma es no sólo jefe religioso sino organizador social y jefe civil. Se construye la primera mezquita y se completa la revelación.

Y comienza el recorrido de esta religión. El profeta de los árabes (Mahoma) viene a ser para sus seguidores la culminación de una serie de figuras proféticas o precursores (Moisés para los judíos y Jesús para los cristianos). En Mahoma el «sello de la profecía» vuelve a la pureza y universalidad del monoteísmo primitivo revelado a Abraham. Esta nueva religión universal del Islam debe extenderse a todos los pueblos de la tierra. El mundo quedará dividido en dos grandes zonas, la tierra del Islam (Dar-al-Islam) y la tierra de la guerra (Dar-al-Harb). Cada musulmán debe no sólo dominarse a sí mismo, sino sojuzgar a los demás y con ello se legitima la Yihad o guerra santa.

El nuevo profeta ha aportado una serie de elementos que, en realidad, no son radicalmente nuevos: ha predicado la sumisión absoluta a Dios (Islam), proclamado la «guerra santa», constituido una comunidad de creyentes («umma») y, con todos ellos, ha vertebrado la «nación árabe» a partir de un grupo de tribus dispersas.

El Islam y la sociedad actual

CON los elementos mencionados en este resumen se inicia una andadura que prosigue hasta nuestros días. El Islam no distinguía entre la sociedad civil y la comunidad de creyentes («umma»). El islamismo se propaga de manera fulgurante en ese primer tiempo del profeta y los «califas rectamente guiados». No se presentaba como una religión nueva sino como un florecimiento religioso de lo más auténtico que está en la conciencia colectiva de los pueblos. Y esto en una

situación en que dos grandes imperios —Occidente y Oriente— estaban viviendo sus horas bajas. Mahoma trae además un mensaje de fuerte carga social y esto muy por delante del derecho romano que, en el código de Justiniano define la propiedad como «el derecho de usar y abusar». Para Mahoma, «sólo Dios manda, sólo Dios posee, sólo Dios sabe». Según Mahoma, todo pertenece a Dios y los hombres, los ricos, son sólo administradores de los bienes.

Pero ya desde mediados del siglo VIII, a la muerte de los dos primeros sucesores de Mahoma, Abu Bakr y Umar, los nuevos creyentes islámicos se escinden en los sunnitas y los chiitas. Se puede decir que, en cierto modo, aparecen ya los gérmenes de división y de decadencia, causada no sólo por las invasiones externas de pueblos, sino por disensiones internas. La «umma» queda desgarrada. El propio Roger Garaudy, que hace no muchos años ha abrazado la fe musulmana, admite explícitamente que es la cerrazón cultural y religiosa la que desencadena los procesos de decadencia. Los principios del Islam se fosilizan en la época temporal y las aplicaciones concretas del profeta. La ley universal de Dios («sharía») se particulariza en la interpretación literal de algunos versículos sobre el robo, la herencia o el estatuto de la mujer.

A lo largo de la historia islámica no se pueden ignorar los focos llamativos de irradiación de cultura. En ellos trabajan juntos musulmanes, cristianos, judíos, indios. Se pueden citar Bagdad y su casa de la sabiduría, el observatorio de Maragha, la escuela de Medicina de Gondichapour y, desde luego, Córdoba. Hay que recordar también los diversos intentos de reforma del Islam, que pretendían, por una parte, volver a las fuentes pero sin ignorar las condiciones de las épocas en que vivían. Los intercambios económicos y los contactos políticos de los últimos siglos han tenido ciertamente algunas consecuencias. En este siglo y, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, ha aumentado notablemente la presencia de estudiantes musulmanes en universidades occidentales. Pero el resultado no ha sido muy alentador y con frecuencia hasta conflictivo. Estos estudiantes que, después de sus estudios en Occidente regresaban a sus países, tenían muy poco influjo en las poblaciones controladas por los ulemas (profesores islámicos). Ideológicamente volvían «desclasados».

Al observar este zigzaguo y el auge actual de los fundamentalismos, es inevitable hacerse la pregunta de hasta qué punto es posible un diálogo entre el islamismo y las sociedades occidentales.

Occidente ha vivido la ruptura de la Ilustración. El siglo XVIII, a

través de todas sus sacudidas, representa el paso de una concepción teocéntrica a una cosmovisión antropocéntrica. La sociedad no es un grupo regido en última instancia por una ley natural que viene de Dios, sino una comunidad humana que establece por mutuo acuerdo el fundamento convivencial de sus leyes positivas. Las monarquías absolutas dan paso, en medio de convulsiones sangrientas, a democracias incipientes. Y el cosmos no es un habitáculo creado por un ser superior sino un entorno cuyas leyes se formulan y experimentan. El proceso de industrialización genera una serie de ventajas en los países occidentales que se distancian mucho de los países islámicos algunos de los cuales han permanecido durante muchos años como colonias de Occidente.

No se puede decir que la respuesta islámica al Occidente de la modernidad haya sido un monolitismo a carga cerrada que pretende regresar a las fuentes (fundamentalismo) oponiéndose a todo tipo de evolución doctrinal en el Islam. El caso de Kemal Atatürk en Turquía, después de la Primera Guerra Mundial, representa la laicización de aquel país. La lengua turca sustituye al árabe, la mujer sale de su ostracismo y frecuenta la universidad, se suprime el califato. Hay otros intentos menos drásticos, como el de Jamal Al-Afgani y sus seguidores, que desean conservar el núcleo de la fe islámica adaptando la ley a las necesidades actuales. Pero no parecen tener, hoy por hoy, una continuación muy prometedora. Junto a este tipo de reacción encontramos hoy otras de signo radicalmente contrario. Y esto aun en juventudes universitarias supuestamente ilustradas. Como rechazo de toda forma de «occidentalización» estos integristas apuestan radicalmente, no por una saludable laicidad de la sociedad civil como en Occidente, sino por una rígida confesionalidad. Quieren que la ley suprema del Estado islámico, a la cual deban someterse todas las leyes civiles, sea la *chari'â* o ley divina contenida en el Corán o en la *summa* (tradición que recoge los comportamientos del profeta Mahoma). El Irán de Jomeini sería un ejemplo gráfico de este integrista.

Confrontación o diálogo

TODA realidad humana se resiste a ser reducida a un contraste hiriente de blancos y negros. Mucho más si, como en este caso, nos encontramos ante un largo y variadísimo recorrido. La vuelta a los orígenes, en el cristianismo, puede fomentar, des-

de la propia confesión responsablemente asumida, el diálogo inter-religioso.

Algo semejante puede decirse del islamismo. Su religión no es sólo un puñado montaraz de doctrinas retrógradas y prácticas religiosas anticuadas. La caricatura que hace del musulmán un hombre de «nada de vino y mucho de mujeres». La mística musulmana —y hay en ello una indudable proyección universal— fomenta la oración, la limosna como ejercicio de solidaridad, la peregrinación como medio de explicitar la vinculación comunitaria y el ayuno para tener presente a Dios y a los que pasan hambre. En la doctrina del profeta hay un mensaje social que combate la miseria de las masas. Todo musulmán es llamado a construir un mundo más justo.

La fidelidad coherente de cada persona a su propio credo religioso y el respeto sincero a las convicciones de los demás, del que carece el Islam actual y en el que no abundamos muchos cristianos, facilitará el encuentro. Sólo así la inauguración solemne de la mezquita en la M-30 madrileña no será una cabeza de puente para futuros desembarcos proselitistas, un acto exclusivamente político que persigue el rendimiento a corto plazo o una incursión en el exotismo de «las mil y una noches». Será la presencia de otros, que nos fuerzan a reflexionar sobre lo nuestro y a entrar en contacto con otras concreciones de lo religioso.